

Capítulo 16 - Los Sueños del Enano - La Balada del Dragón Semibenevolente

- [Capítulo 16 - Los Sueños del Enano - La Balada del Dragón Semibenevolente](#)

Capítulo 16 - Los Sueños del Enano - La Balada del Dragón Semibenevolente

Desde su infancia, Harald había soñado con volar. Los enanos de las Montañas Garras del Cielo mantenían un cuerpo de jinetes de rocs, valientes enanos que cabalgaban en grandes aves que anidaban en las cumbres. Los rocs eran criaturas ariscas, pero leales hasta la obsesión una vez que elegían a un jinete. Más que nada, anhelaba ser elegido, y lo fue. Se convirtió en uno de los más jóvenes jinetes de roc en la historia de su pueblo, y pasaba tanto tiempo como podía entre las nubes. Su hermano estuvo feliz por él, aunque no fue seleccionado, pero Bjorn nunca soñó con el cielo ni las nubes como Harald. En cambio, su mayor felicidad la encontraba con ambos pies en tierra firme. El roc de Harald fue su mejor amigo. Goldwing lo eligió cuando apenas era un polluelo, pero creció rápidamente, como era común en estas criaturas. Harald cuidó a Goldwing con tanto cariño como si fuera de su propia familia. Algunos se burlaron de él, pues aunque Harald fue el más joven en ser elegido por un roc, el ave que lo eligió todavía era demasiado joven para volar. Normalmente, solo los rocs adultos eligen jinetes. Sin embargo, ni las burlas ni las críticas importaron después de que volaron juntos por primera vez. La travesía no fue fácil ni elegante, pero Harald nunca olvidaría esa experiencia. Volaron justo antes del amanecer, contemplando juntos la salida del sol. Harald era aún un joven enano, pero juraba entender qué significaba que el sol naciera. Sin embargo, verlo desde el aire, observar cómo el horizonte pasaba del negro al naranja, amarillo, dorado y rosado, fue una experiencia incomparable. El viento ese día era vigoroso, y la fría brisa en lo alto de la atmósfera le arañaba los huesos, pero se sintió más vivo y en paz que nunca, acompañado solo por Goldwing. Juntos enfrentaron muchas batallas y lograron muchas victorias, aunque también perdieron, claro está. Esas derrotas solo los motivaron a trabajar más duro, a buscar nuevas armas o estrategias. Pero los enanos vivían más que los rocs, y llegó el día en que Goldwing ya no tuvo la fuerza suficiente para elevar a Harald, ni siquiera para volar solo. El roc parecía avergonzado, como si hubiera fallado a Harald de alguna manera. Harald hizo todo lo posible por tranquilizar a su viejo amigo, asegurándole que no sentía enojo ni decepción. ¿Cómo podría estarlo? Sin Goldwing, nunca habría sentido los cielos en todo su esplendor. El tiempo, implacable, era un enemigo invencible, y Goldwing fue víctima de su propio éxito. Un roc inferior habría caído en combate mucho antes de llegar a la vejez, pero Goldwing fue demasiado rápido y diestro en el aire para caer. Vivió lo suficiente para conocer la debilidad que acompaña al paso del tiempo. Goldwing no vivió mucho después de eso. Los rocs no estaban destinados a marchitarse en tierra, sino a surcar los cielos y navegar entre las nubes. Harald permaneció con él hasta el final, y luego hizo que su cuerpo fuera incinerado según la costumbre enana, dispersando sus cenizas en la cima más alta de las Montañas Garras del Cielo. Era común que los jinetes de rocs buscaran otro montura tras la pérdida de la suya, pero Harald no pudo hacerlo. Cada nuevo roc parecía compararse con Goldwing y siempre salía perdiendo. Sin embargo,

se enorgullecía cuando sus hijos eran elegidos por un roc, pues compartían sus sueños del cielo. Habían pasado décadas desde que Harald voló por última vez, pero incluso en esos días remotos, no había volado tan rápido ni tan alto como en la actualidad. El mar debajo de él era un difuso que parecía extenderse hasta el horizonte. Oscuros nubarrones se acumulaban en el sur, y relámpagos cruzaban el firmamento con estruendos que parecían tocar el agua. Sin embargo, el trueno no llegaba a sus oídos, y las islas en la lejanía parecían alcanzarlo y desvanecerse en segundos, mientras avanzaba hacia el norte. —¿Qué... es esto? —susurró Harald. Doomwing apareció a su lado. —Es un recuerdo mío —rió el dragón—. Tienes preguntas, enano. Pregunta sin miedo. —¿Es así de rápido puedo volar? —anchealaron Harald—. Y el trueno... ¿por qué no lo oigo? Doomwing se sonrió. —¿Qué es más veloz, el relámpago o el trueno que lo acompaña? —Relámpago, por supuesto —respondió Harald—. Primero ves el relámpago, y después llega el trueno. La sonrisa de Doomwing se extendió. —Si pudieras adelantar al trueno, ¿lo escucharías alguna vez? —Tú... —Harald lo miró con asombro—. ¿Puedes volar más rápido que el trueno? —Soy mucho más allá de los pequeños dragones de la Edad Séptima. Soy un dragón primigenio. Nací en la Primera Edad. Este recuerdo proviene de la Tercera Edad, pero ya entonces era poderoso más allá de lo que imaginas. Los dragoncillos de la Edad Séptima solo usan sus alas para volar. Un verdadero dragón emplea cada parte de su ser para mantenerse en el aire. Un dragón que ha dominado su verdadera naturaleza no puede ser atrapado por nada tan lento como el trueno. —¿Vuelas así todo el tiempo? —preguntó Harald—. ¡Ay, Ancestros! ¡Qué ganas de volar así, aunque fuera una sola vez! —No —rió Doomwing—. Es más agotador que volar solo con las alas. Además, mucho más ruidoso y algo grosero. La gente pensará que quieres atacar si te acercas a esa velocidad. —Ya... ya veo —trabó los ojos Harald—. Puedo ver algo más adelante. Parecía una ballena del cielo. La bestia debía medir medio kilómetro y estaba rodeada de... —¿Esas...? —tragó con dificultad—. ¿Aquellas naves celestiales? —Sí —sonrió Doomwing y el entorno cambió. Ahora miraban hacia abajo, a otra versión de Doomwing, mucho más pequeña que el titán alado que habían visto antes. —Esa soy yo de la Tercera Edad. Entonces, apenas era dos terceras partes de mi tamaño actual. —Sigues siendo enorme —dijo Harald—. ¿Vas a atacar esas naves? —¿Por qué lo haría? —rió Doomwing—. Son amigas mías. Me llamaron usando magia porque esa bestia contra la que luchan resulta más problemática de lo que pensaban. Presta atención a esas naves, enano. Si alguna vez quieres recuperar la que has encontrado, tendrás que aprovechar bien lo que te muestro. Harald asintió con fuerza. —No olvidaré ni un solo instante de esto. Se acercaron a la ballena del cielo, y Harald logró por fin una mirada real a las naves. Medían aproximadamente quinientos pies de largo y estaban llenas de cañones, arpones y otras armas. En los escenas, enanos ágiles corrían por las cubiertas, mientras enanos armados se preparaban para saltar al gran cetáceo o abordar en roc. Lo que más llamó su atención fue el trío de velas. Una era similar a la de los barcos normales, y las otras dos estaban extendidas a los lados como alas. Harald grabó esa imagen en su memoria, junto con los intrincados símbolos enanos que cubrían los cascos. —Las velas sirven para absorber energía de las corrientes mágicas del cielo y usarlas para impulsar los barcos. Tenían motores para moverse fuera de esas corrientes, pero generalmente era mejor confiar en las velas para ahorrar energía. —Su visión de las naves cambió. Era como si pudiera ver a través de sus exteriores, hasta sus corazones. Se dio cuenta de que Doomwing le mostraba cómo eran sus interiores, cómo estaban diseñados los mecanismos. Para la mayoría de los enanos sería imposible entenderlo, pero Harald había dedicado un siglo a estudiar las ruinas del buque cuando lo excavaban. No podía explicar cómo volaba, pero ahora, al observarlas desde esa perspectiva, todo encajaba. —Increíble. —Harald apretó los puños. ¡Había encontrado una nave del cielo! Aunque ahora era una ruina, en su día surcó los cielos como las que tenía ante sí. —Y parecen barcos normales porque también aterrizaban en el agua, ¿verdad? —Sí. Durante la Tercera Edad, los mares subieron y parecieron

querer sumergir el mundo. Poder operar como un barco convencional fue una medida de seguridad y una concesión a la realidad de que solo una ciudad podía volar. Los demás asentamientos estaban en islas dispersas por el mar. —¿Puedes mostrarme esa ciudad? Harald preguntó. —Lo haré, pero todavía no —asintió Doomwing a su yo joven—. Mira. Observa cómo lucharon tus ancestros. Harald observó asombrado cómo los enanos de la Tercera Edad combatían a la ballena del cielo. Los barcos bombardeaban con cañones y disparaban arpones para impedir que huyera. Los jinetes de rocs se movían en medio de la batalla, lanzando lanzas y magia. Pero lo más sorprendente fue ver a los enanos blindados saltando de los barcos al gran cetáceo. Se posaron sobre la bestia, manteniendo el equilibrio, y empezaron a trabajar con armas mágicas, cortando y atravesando. El mejor entre ellos era un enano colosal, con barba larga y cabello de fuego. Rió mientras golpeaba, saltando del costado de la ballena y hiriéndola con su hacha, después usó magia de su armadura y un gancho para trepar por el otro lado, seguir combatiendo con su arma. Conforme Doomwing más joven se acercaba, el enano alto se detuvo y le dirigió la palabra, su risa intensificándose. —¡Llegas tarde, Doomwing! —gritó el enano. —¡Ya casi termino contigo! —Ragnar agitó su hacha como señal. —Eres un mentiroso, Ragnar —rió Doomwing—. Solo rayaste su piel. Debes apartarte; yo puedo con esto. —Bah. ¡Y dejar que te lleves toda la gloria! No sé por qué el capitán te llamó. Este bastardo es grande, pero solo algunos enanos con hachas robustas pueden con él. —Vas muy bien —dijo Doomwing con sarcasmo—. La ballena del cielo lanzó un rugido profundo y embistió a uno de los barcos. La nave apenas logró esquivar y, en la segunda carga, arrancó una de sus velas. —Mira qué maravilla de ingeniería enana —dijo Ragnar. —¡Eso son palabras de combate, dragón! —exclamó Ragnar. —¡Veremos quién lleva la última mano! —Después de que aniquilaron a la ballena, y la anclaron entre las naves, Doomwing joven conversaba con Ragnar, que se sentaba sobre su hocico. —Parece que disfrutas sentarte sobre mi hocico —dijo el joven Doomwing. —Es un lugar cómodo —replicó Ragnar, con varias botellas de licor a su lado—. Una cacería excelente. ¿Quieres un poco? —Necesitaría algo mucho más grande que esas botellas —contestó Doomwing—. Pensé que estarías más molesto. Que yo di el golpe final. —Bah —dijo Ragnar, alejando las palabras—. Sigue creyendo eso. Claramente fue mi hacha la que mató a la bestia. —Estaba muerta antes de que tú la golpearas. Además, esa hacha me la regalaste tú —insistió Doomwing—. Cree lo que quieras. Ragnar le sacó la lengua y sonrió. —Sé que yo la maté —afirmó. —¡Dürmido en tu delirios! —Doomwing se molestó—. Debería recuperar mi hacha. Ragnar la apretó contra su pecho. —¡No te atreverías! —Doomwing habló con respeto. —Era un buen amigo —dijo Harald—, y entre los enanos de esa época, dudo que hubiera alguno que pudiera vencerlo en combate. —¿Qué fue de él? —preguntó Harald—. Se cayó, como casi todos los enanos y elfos que amaban el cielo. —Doomwing gruñó—. Si quieres ver el poder completo de los enanos de la Tercera Edad, puedo enseñártelo. Pero ten cuidado, Harald: no será un espectáculo fácil, porque la mayor fuerza de su poder solo se mostró justo antes de su caída. —Quiero verlo —dijo Harald—. Pero, ¿qué pudo destruir una civilización con naves del cielo así? —Te lo mostraré —respondió Doomwing. Hubo un instante de silencio, y de repente estaban en otro lugar. Harald gimió y miró a su alrededor. Esto... esto era más de lo que había soñado jamás. En el cielo a su alrededor había tantas naves celestiales que parecía haber cientos o incluso miles de ellas. Variaban en tamaño; algunas tenían solo unos pocos metros de longitud, otras más de mil pies. Algunas claramente hechas por enanos, con madera pulida, metal brillante y velas desplegadas; otras, de diseño élfico, con cascos de madera viva, velas de enormes hojas y criaturas arbóreas en lugar de cañones. Y otras, una mezcla magnífica de ambas estéticas, una perfecta armonía entre la tecnología y la biología cultivada. En el centro de toda esa formación de naves flotaba una ciudad más grande que todas juntas, una isla flotante impresionante, casi circular, de unos diez millas de diámetro. Sus construcciones eran una fusión entre árboles

moldeados, propios de los elfos, y mansión enana de piedra y ladrillo. La estructura que sostenía toda la isla era un enorme árbol cuyas raíces y ramas parecían conectar con todas las armas, los mecanismos y los motores mágicos que vibraban, pulsaban y chisporroteaban, manteniendo la isla en el aire, adornada con flores brillantes y hojas que parecían velas. —Contempla —dijo Doomwing—. La ciudad que sobrevoló los cielos y navegó entre las nubes. La llamaron Cloudhome, los elfos la llamaron Skygrove, pero yo siempre la llamé Aurai. —¿Aurai? —Sí —asintió Doomwing—. Era el nombre del hada que soñaba con los cielos, la hada cuyas habilidades permitieron que esa ciudad existiera. Doomwing señaló el enorme árbol. —Esa es su raíz. Harald trató de asimilarlo todo: la ciudad, las naves del cielo, todo. —¿Qué... pudo haber destruido semejante fuerza? —pudo mirar con tristeza, pues las naves y la ciudad no estaban solas. En las aguas abajo, countless otras embarcaciones navegaban, y dragones, dracos, wyverns y diversas criaturas voladoras compartían el cielo con las naves. Los dragones más grandes tenían tamaños similares a Doomwing. Podrían haber devastado reinos enteros, pero parecían haber encontrado un enemigo demasiado poderoso, uno que podía acabar con casi toda la flota reunida. —Ahí —señaló Doomwing mirando al horizonte—. Ahí está nuestro enemigo. El cielo se extendía como un manto de nubes de tormenta que parecía abarcar todo el mundo. La lluvia caía sin parar, los relámpagos iluminaban la noche y los rayos dispersos atravesaban las nubes negras. El estruendo del trueno era una maldita carcajada interminable. Entre esa catástrofe, aparecían otros seres voladores: dragones, wyverns, grifos, serpientes aladas y otras criaturas aún más extrañas para Harald, incluyendo serpientes con alas de dragón que nunca había visto. Pero, en el centro de aquella furiosa tormenta, Harald vio algo que casi no podía creer: una criatura que parecía un enorme dragón con ocho pares de alas dracónicas extendidas a lo largo de su cuerpo, que medía al menos doce millas de longitud. La bestia se retorció entre los relámpagos y truenos, cada movimiento hacía crecer el caos, provocando más truenos, más relámpagos, y causando que el mar se agitara furioso. Cada movimiento hacía que las olas se elevaran, arrasando islas enteras y empujando las aguas en embates implacables en todas direcciones. Se sucedían tsunamis que cubrían el horizonte, y solo la magia potente lograba evitar que las flotas abajo fueran completamente aniquiladas antes de comenzar la batalla. —Ancestros... ¿qué... qué es eso? —susurró Harald. —Lo llamamos Señor de las Mareas —dijo Doomwing con un odio profundo—. El hijo bastardizado de un dragón tempestad y un leviatán tropical de la Primera Edad. Se escondió cuando el Dios Roto declaró la guerra, y también cuando la Madre Árbol nos traicionó. Se ocultó... y se alimentó de los cadáveres de los caídos que caían en las aguas del mundo. Se alimentó y creció, volviéndose más grande y fuerte, hasta que finalmente se sintió lo suficientemente poderoso para mostrarse. Él fue quien llevó a las aguas a elevarse, y desea ahogar el mundo, dejando solo océanos. Convenció a muchos de la grandeza de su visión, pero nosotros nos opusimos. Y, desde luego, la negociación fue imposible. —¿Y qué pasó? —preguntó Harald—. ¿Ganaron? —Sí —dijo Doomwing—, pero el precio fue terrible. Aurai murió, y sus pueblos —los enanos y los elfos amantes de los cielos— también sucumbieron con ella. Algunos lograron sobrevivir, pero su dolor fue tan grande que jamás volvieron a soñar con volar. Cuando las aguas crecieron y luego retrocedieron, decidieron vivir como antes de la Tercera Edad. Desde entonces, ningún enano ha vuelto a soñar con el cielo... hasta tú. —Qué tragedia —las lágrimas rodaron por las mejillas de Harald—. Pero rendirse a los sueños del cielo, olvidarse... ¡eso no puedo aceptarlo! Aunque no he volado desde que Goldwing murió, aún sueño con el cielo, con volar. El barco celeste que encontramos... si pudiera repararlo, no me importaría volver a volar —susurró. —No sería una traición —murmuró Doomwing—. Porque no estarías montando a otra criatura. —Sí —asintió Harald—. No puedo montar a otra, no después de perder a Goldwing. Pero en una nave, quizás. Es más, no sé por dónde empezar. ¿Cómo podemos recuperar todo lo que perdimos? Doomwing se rió suavemente. —Te lo diré cuando

salgamos de este sueño. El sueño terminó, y Harald se encontró de pie, con las manos en los ojos, con lágrimas en las mejillas. No había vergüenza en llorar por lo que se había perdido. —Dejaste tu hogar porque no querías robar el legado de tu hermano —dijo Doomwing, extendiendo sus majestuosas alas, protegido solo por la magia de mantener a Harald y a los enanos en su lugar, como hojas en una tormenta—. Tengo una propuesta para ti, príncipe Harald. Soy el Dragón Emperador Doomwing. Deseo subordinados valientes, honorables y hábiles. —Una imagen apareció en el aire a su lado. Era más tosca que el sueño que había mostrado antes, pero no había duda: mostraba un terreno áspero, cubierto de lava y rocas. —En mi dominio, hay una tierra de fuego y piedra. Tú sabes igual que yo que en los sitios donde brota la sangre fundida del mundo se pueden encontrar grandes tesoros. Sirveme, Harald, y ya no serás un príncipe: serás un rey, y solo responderás a mí. Harald observó la imagen, mientras su guardia de honor lo hacía con atención. Doomwing tenía razón. Los enanos conocían muy bien las riquezas que se podían extraer en lugares donde la sangre ardiente del mundo aflora. —¿Y qué pedirías si aceptara? —preguntó Harald—. —Necesito que tú y tu pueblo aporten su experiencia. Quiero que ayudes a quienes me sirven; construirás fortalezas, caminos y dispositivos mecánicos en mi tierra. Tú y tu gente los proveerán. A cambio, te daré tierras llenas de la abundancia del suelo. No temas que la tierra se quiebre y escupa fuego sobre vosotros, porque soy Doomwing. Mando sobre la tierra, el fuego y las piedras de mi reino. Allí donde decidas asentarte, garantizaré tu seguridad. Te lo juro. —Parecen promesas demasiado buenas, pero en el fondo, Harald sentía en su interior la verdad en aquellas palabras del dragón. Doomwing poseía una fuerza inmensa. Podría, si quisiera, esclavizar a los enanos con facilidad. ¿Por qué hacer una oferta tan concreta si no lo decía en serio? —Tu propuesta es formidable —dijo Harald—, pero ¿qué debes de mí a cambio? —Espera y compruébalo por ti mismo —responde Doomwing—. Con esto. —El paisaje detrás de ellos se abrió, y Harald gimió al ver cómo la magia de Doomwing despejaba los riscos y las laderas, levantando los restos de la nave celestial con cuidado y usando más magia para unir las piezas rotas. Se levantó andamio de rocas para sostenerla, permitiendo el acceso. —Solo he reunido las piezas. Es solo un esqueleto, no puede volar. —Doomwing hizo un gesto, y objetos comenzaron a aparecer en el suelo. —Con estos podrás reparar la nave celestial. —Doomwing sonrió con suficiencia—. Y esa será tu prueba. Te mostré en el sueño lo que necesitas para arreglarla. La has estudiado y excavado durante un siglo. Si no puedes arreglarla ahora, con lo que te he dado y mostrado, nunca merecerás volarla. Regresaré en una semana. Si no la has reparado para entonces... —¿Una semana? —Harald quiso decir que era imposible, pero había dedicado un siglo a estudiar las piezas de la nave. Con lo visto en el sueño y con las partes entregadas... sí, ya vislumbraba cómo algunas podrían encajar. No sería fácil, pero era posible. —Lo haremos. —Si lo logras, —dijo Doomwing— la nave será tuya, y te recibiré no como príncipe, sino como rey en mi servicio. Sacó un objeto esférico que parecía un ópalo gigante. —Y si quieres más motivación, aquí tienes un huevo de fénix. Como rey en mi servicio, podrás acceder a sus llamas. Imagínate qué podías crear con ellas. Harald pensó, y luego se sacudió rápidamente, corriendo hacia los andamios. —¡Reúne a todos! —bramó—. ¡Tenemos una semana para arreglar esa nave!